

No quisiera terminar esta reseña sin señalar una práctica que se ha “normalizado” dentro de las editoriales académicas colombianas. Me refiero a su indiferencia por incluir índices temáticos y onomásticos en sus publicaciones. Su falta se hace aún más evidente en libros con las características del acá reseñado.

STEFAN POHL VALERO

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

spohl@javeriana.edu.co

[336]

**Ricardo Sánchez Ángel.**

***¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981.***

**Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009. 480 páginas.**

En su último libro, *¡Huelga! Luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*, editado por la Universidad Nacional, Ricardo Sánchez ha intentado mostrar, con los ojos puestos en la movilización de los trabajadores, los posibles vínculos ideológicos e históricos del movimiento obrero europeo con el latinoamericano, en particular los que pueden observarse en la experiencia de la socialdemocracia alemana de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, que giró alrededor de la polémica marxista y que tantas reservas despertó en el pensamiento de Lenin. Al final, como es conocido, la revolución proletaria fracasó en suelo alemán, pero triunfó donde el desarrollo capitalista era de orden inferior —en Rusia—; entretanto, en el campo de la batalla quedaron tendidas extraordinarias experiencias y aportes de los vencidos.

Aquí, en Colombia, no conocimos sino el pensamiento de los vencedores, como casi siempre ocurre en la historia. La historia de vida y los escritos de Karl Kausky, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo no estuvieron entre los textos de consulta favoritos de los dirigentes de la izquierda colombiana ni, con menor razón, de los líderes sindicales que crearon las primeras organizaciones nacionales en los años veinte y treinta del siglo pasado. Tampoco merecieron nunca un debate en los decenios siguientes. Desde el principio, todo fue manejado a larga distancia por la dirección del Partido Comunista ruso, ya en el poder, como lo testimonia la investigación de los archivos del gobierno soviético.\* Tal vez si hubiéramos hecho esa discusión, habríamos podido entender mucho mejor a Marx y a Lenin, y hoy seríamos menos acríticos.

A partir de la creación de la primera organización nacional estable de trabajadores, la CTC, las mayores discrepancias ideológicas y políticas en el seno del sindicalismo colombiano se expresaron principalmente en torno a la independencia del movimiento. Lo que estaba en juego era su organización y movilización como fuerza social propia y enfrentada diametralmente a un adversario

---

\* Ver Klaus Meschkat y José María Rojas, *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética* (Bogotá: Taurus / Fescol, 2009).

opuesto a sus intereses económicos y sociales, así como la discusión y el trazo de las acciones obreras sin la tutela del Estado, de los partidos tradicionales y de la Iglesia (hoy ya sabe que tampoco le conviene la imposición política de los partidos de izquierda). La más acabada expresión de esa independencia se produce en el escenario de la huelga, que es la forma de lucha más elevada de que dispone la fuerza de trabajo.

La huelga laboral, como última alternativa de discusión frente a un adversario universal, jamás ha sido aceptable para el capital. Lo que Marx y sus contradictores alemanes y austriacos no llegaron a comprobar fue que la huelga tampoco fue aceptada por el poder soviético, pese a presentarse como régimen del proletariado. El socialismo triunfante, sus partidos al frente del Estado en los países del oriente y el centro de Europa, rechazaron la huelga y toda manifestación de descontento de los trabajadores y de sus líderes. En los sindicatos colombianos aprendimos y enseñamos que en el mundo socialista no podía haber huelgas laborales porque no era posible que los trabajadores les hicieran huelga a los mismos trabajadores. Y todos callamos ante ese misterio binario: dos cosas distintas y una sola cosa verdadera.

De manera que sí es de esperar que hoy, a diez años del derrumbe del “campo socialista” —la más acabada experiencia humana de democracia popular, solidaridad e igualdad de la población trabajadora hasta ahora lograda—, una exposición sobre los principios y las enseñanzas de la huelga laboral cuente la verdadera historia de esa expresión de lucha, ese ensayo de poder obrero que entraña la huelga. Por eso causa desconcierto que el libro del profesor Sánchez tampoco hoy, cuando tenemos recorrido un camino tan rico en experiencias de la lucha social, no muestre interés en una discusión sobre estas. Sobre todo porque el ciclo completo del desarrollo huelguístico latinoamericano transcurrió en medio del turbión de la Revolución Rusa y, enseguida, de la división del campo socialista en 1960. Las fuerzas que hicieron las huelgas colombianas entre los años veinte y ochenta estuvieron inscritas en uno u otro bando, sin posibilidad de escapatoria: o perseguían la reforma del sistema social dentro del orden capitalista, o promulgaban la batalla por la destrucción del capitalismo y el triunfo del socialismo.

La suspensión del trabajo como arma defensiva del trabajador, que parecería haber emergido con el nacimiento del capitalismo y que, en el siglo XIX, lidiaron tanto los empresarios de Manchester como los de Baviera, los de Lyon como los de Milán, y tanto las tropas de la policía germana como la caballería de las autoridades zaristas, ¿cómo se presentó en nuestro medio social? El descenso que el relato histórico de Sánchez hace sobre la geografía latinoamericana no resulta suave, pero nos parece que es la primera vez que un estudioso de los problemas obreros colombianos intenta verificar una identidad universal de la huelga criolla. Y establecer los vínculos invisibles que se forjan entre quienes luchan por causas políticas idénticas, así entre ellas haya una inmensa distancia:

[337]

el mundo de Liebknecht y Luxemburgo, y el mundo de Raúl Eduardo Mahecha y Torres Giraldo. “No estábamos solos en el universo, nunca lo hemos estado”, parece afirmar el discurso político de Sánchez, que se esfuerza por explicar las maneras como la población trabajadora se acerca a la producción: campesinos ricos, medios y pobres, y a su lado los asalariados, que son el centro del fenómeno; pero todos identificados en el conflicto laboral: el trabajador frente al poseedor de los medios de producción.

[338]

El periodo estudiado por Sánchez (1975-1981) se presta, por cierto, para esa discusión. En él confluyeron sucesos extraordinarios para los trabajadores del mundo: se hizo evidente, por primera vez entre la población menuda de las naciones bajo el socialismo, la crisis económica de ese sistema; se comprobó que su estructura no podría resistir por más tiempo la competencia capitalista; una vez debelada la rebelión checa —una especie de huelga de toda la población—, reventó la rebelión de los trabajadores polacos, que no pudo ser aplastada, y enseguida el “socialismo real” cometió su máximo error estratégico: la invasión de Afganistán, que acabó por enajenarle la adhesión de los partidos comunistas europeos y el apoyo de los sectores democráticos del mundo entero.

No hay duda de que entre las fuerzas políticas que dirigían las huelgas había entablada una discusión inevitable. La UTC y la CTC tenían un criterio, y la CSTC y las fuerzas maoístas o independientes abrigaban otro distinto y a veces opuesto. CTC-UTC eran una construcción del establecimiento capitalista y los centros dirigentes de izquierda querían acabar con ese sistema. El proceso de politización de las luchas obreras fue ganando terreno simultáneamente en las dos tendencias y, finalmente —como lo consigna Sánchez—, fue acogido por el grueso del movimiento en las jornadas que condujeron al paro cívico nacional de 1977 y que culminaron nueve años más tarde con la creación de la CUT. Los divididos y débiles se fortalecieron mediante su identificación en el terreno político, y no precisamente en el plano reivindicatorio. Y no todo se debió a que las organizaciones obreras habían crecido en poder numérico y sabiduría. Sánchez piensa que al caso colombiano puede aplicarse la opinión de Ruth Berins Collier y David Collier, en el sentido de que “la negociación de la política en las relaciones de trabajo” latinoamericanas “sugiere que en las economías de superávit laboral, como la de muchos países latinoamericanos, las posiciones frecuentemente débiles de las organizaciones obreras en la esfera de la negociación colectiva las conduce a la arena política”.\*

ÁLVARO DELGADO GUZMÁN

Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), Bogotá  
adelgado15@gmail.com

---

\* Ruth Berins Collier & David Collier, *Shaping the Political Arena* (Princeton: Princeton University Press, 1991) 156.